

“Nadie le echa un remiendo de paño sin remojar a un paño pasado.” (Marcos 2, 18-22)

Jesús estaba innovando demasiado las prácticas religiosas del pueblo de Israel y era criticado por quienes – en muchas ocasiones con buena fe – pretendían vivir su religiosidad respetando lo que les habían enseñado sus padres.

En esta ocasión se trata del ayuno: *“Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?”*

Cuando reflexiono este texto suelo detenerme en la frase final: *“... a vino nuevo, odres nuevos”*, con la cual Jesús invita a sus interlocutores a acoger su mensaje con un espíritu renovado, a no pretender domesticarlo dentro de los cánones religiosos del momento. No era posible encajar la Buena Nueva en las viejas estructuras socio-religiosas del judaísmo.

Sin embargo, hoy contemplo otra dimensión del mensaje y hace relación al necesario proceso que hay que realizar para dar lugar al cambio. Encuentro esa llamada en la siguiente observación: para no terminar haciendo un daño mayor al *“manto pasado”* se acostumbraba a remojar el remiendo nuevo, permitiendo así que en el secado se fuera dando el proceso de acomodación de lo nuevo con lo viejo, sin provocar roturas mayores.

Esta anotación por parte de Jesús apunta a la paciencia, el respeto, la capacidad de asumir los ritmos, el reconocimiento de la diversidad, la opción por la adaptación sin por ello renunciar a los objetivos de innovación. Se trata de actitudes fundamentales a la hora de motivar, acompañar, producir la novedad del Evangelio en cualquiera de nuestras realidades personales o institucionales. El paño nuevo y seco no hace sino dejar *“un roto peor”*.

El paño nuevo y “remojado” aporta su novedad sin por ello destrozar al paño viejo... ¡Toda una metáfora de lo que debemos y no debemos hacer cuando de innovar se trata! Considero que esta observación no es incompatible sino complementaria con la necesidad de contar con *“odres nuevos para vino nuevo”*. Se trata de integrar, incluir, sumar...

Cada uno caminará al ritmo de su propio proceso cognitivo, afectivo y volitivo, porque necesitamos comprender, apreciar/amar y comprometer nuestros esfuerzos en todo camino de renovación.

Lo importante, en todo caso, es tener la capacidad de integrar la novedad del Evangelio tanto cuando nos entusiasma como cuando rompe nuestros esquemas previos y para ello necesitamos cultivar actitudes humanas de serenidad y apertura de miras, al tiempo que pedimos al Espíritu Santo sus luces para vivir los desafíos del cambio en clave de evangelio.

Daniél Luis Farneda Calgaro PASTORAL.

ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL

